

al resto de Italia, el Papa y el rey de Nápoles debían conservar, según el plan del Austria, sus respectivos dominios, y el reino de Cerdeña no solo debía ser restablecido sino también aumentado, para que pudiera ser el escudo de Italia contra Francia. ¿Y qué había de ser de Alemania? «Todos los países, todas las provincias, todos los territorios debían volver á poder de sus antiguos dueños, á ninguno de los cuales se les podría arrebatar su antigua propiedad.» «En un principio el gabinete de Viena habrá de tratar como enemigos á Sajonia, Baviera y Wurtemberg, pero espera poder también hacer extensiva á estos países la anterior declaración, advirtiéndoles, con todo, que el completo cumplimiento de las promesas hechas dependerá de la resolución que durante la guerra adopten y no tendrá efecto en el caso de que persistan en portarse como enemigos (1).» La transformación de la Alemania del Norte debía, pues, realizarse dentro de estos principios generales, recuperando sus antiguas posesiones el Hannover, Brunswick, Hesse y Prusia; esta última especialmente reconquistaría el ducado de Varsovia, cuya existencia era igualmente peligrosa para las tres potencias que habían entrado en el reparto.

Si reducimos este plan á su más sencilla expresión, veremos que el pensamiento de Stadion consistía en fundar para siempre de una manera sólida é inquebrantable la doble soberanía del Austria sobre Italia y sobre Alemania, y así se manifestaba directamente respecto de la primera é indirectamente respecto de la segunda, dejándose con toda intención envuelto en tinieblas el medio que había de servir para este objeto. Pero es evidente que Stadion al trazar su plan de devolución de todos los dominios enajenados no se proponía resucitar todas las antiguas fundaciones religiosas y los inmediatos imperiales, sino simplemente conseguir la separación violenta de los principados de la Confederación del Rin en la Alemania meridional. Los reinos de Baviera y de Wurtemberg, creados por Napoleón con el solo propósito de amarrar al Austria desde el Sur de Alemania, no podían ser tolerados en ningún caso por la nación austriaca el día en que la victoria coronara sus esfuerzos. La Alemania del Sur debía ser completamente incorporada ó tenía que recobrar el carácter de austriaca, tal como lo había tenido en el antiguo imperio; esto era lo menos que podía exigir el Austria como derecho que le correspondía y como garantía de su propia seguridad, siendo muy probable que, según los deseos que de antiguo acariciaba el palacio real, se exigiera como primera condición para la paz la incorporación de toda la Baviera. El triunfo completo de las armas austriacas hubiera traído consigo como consecuencia necesaria el encadenamiento definitivo de la Alemania meridional al Austria, lo cual habría perpetuado ó la desmembración de Alemania desde la línea del Mein ó, según la situación de la Alemania del Norte, la subordinación de toda la nación alemana al Austria. Ni lo uno ni lo otro quiso el destino cuando en 1809 negó á las armas austriacas la victoria, á que se habían hecho acreedoras las tropas por su valor extraordinario. La Alemania meridional no debía ser austriaca y el Austria no debía ser la gran potencia de Alemania: tal fué el sentido de una serie de acontecimientos que demostraron al mundo entero que el Austria no podía lo que quería ni siquiera poniendo en pie

(1) «Que tout pays, province ou territoire doit retourner à son ancien possesseur et que l'on n'enlèvera pas à aucun d'eux ses anciennes possessions. Le cabinet de Vienne devant commencer par traiter la Saxe, la Bavière et le Wurtemberg en pays ennemis, compte, cependant, faire aussi à ceux-ci la déclaration susdite, en les prévenant, cependant, que l'exécution première de l'assurance donnée dépendrait du parti qu'ils prendraient pendant la guerre et ne pourrait avoir son effet s'ils continueraient à se gêner en ennemis.»

de guerra un número de fuerzas que en ninguna época de su historia había podido reunir.

Este convencimiento de la imposibilidad y de la insuficiencia dominaba precisamente en el ánimo de aquellos de quienes menos podía esto esperarse. En los ejércitos, aun en los más desgraciados, pocas veces aparece el desaliento que impulsa á abandonar la lucha y casi nunca la desesperación que pide la paz á todo trance. El ejército austriaco de Aspern y de Essling estaba poseído del sentimiento de su superioridad que le aseguraba la victoria y el de Wagram no sentía la pesadumbre de la derrota; y sin embargo de esto, los generales de este ejército pidieron unánimemente y á voz en grito la paz, petición que produjo los mismos efectos que si fuera la verdadera expresión de la opinión pública, porque las voces que en contra de ella se levantaron nada pudieron conseguir á pesar de la energía con que se dieron. El jefe del partido de la paz era el príncipe Juan Liechtenstein, á quien el emperador, después de haber destituido al archiduque Carlos, había confiado el mando superior de todo el ejército. El príncipe, que gozaba de la omnimoda confianza de todos sus generales, nombró jefe de su estado mayor al conde Radetzky, que tan bien conocía los graves defectos de que adolecía la organización militar austriaca y que no podía, por tanto, pensar siquiera en la prosecución de la lucha (2). Liechtenstein fué quien, sin estar facultado para ello, se avistó personalmente con Napoleón, en la noche del 11 al 12 de julio, y pocos días después, para tantear la disposición en que se encontraba su ánimo respecto de la paz, y él fué también quien llevó á cabo las negociaciones pacíficas. El congreso de paz de Húngaro-Altenburgo, donde Metternich se ocupó, desde el 15 de agosto, en conferenciar con Champagny en este sentido sin haber podido llegar á una negociación formal, fué suspendido por causa del cansancio que en ambas partes producía el tener que sostener aquella farsa, cuando Liechtenstein, directamente enviado por el emperador Francisco, fué recibido el 27 de setiembre por Napoleón en Schoenbrunn. El príncipe solicitó que fuese llamado Metternich, á lo cual se negó el emperador y habiendo aquél insistido, contestóle Duroc que lo que pedía era imposible, pues Napoleón le consideraba como el promovedor de la última guerra y le había ya prohibido en París acercarse á la corte y á los altos funcionarios del Estado. Por esto en su nombramiento de negociador para el congreso de Altenburgo se había creído ver manifestamente la intención del Austria de no firmar la paz (3). Inmediatamente después de la jornada de Wagram, Stadion solicitó su retiro, y en la mañana del 8 de julio el emperador ofreció á Metternich el departamento de Negocios extranjeros, que aquél dejaba vacante: Metternich, sin embargo, rechazó el ofrecimiento y consiguió que el ministerio se subdividiera en dos secciones, subdivisión que se conservó hasta el 7 de octubre. En cuanto á los motivos que le indujeron á renunciar aquel puesto, explicálos perfectamente la manifestación que en 4 de octubre hizo á Gentz cuando le dijo que no creía poder desempeñar el ministerio, antes bien temía que Napoleón protestara contra él y le mostrara á los ojos de Europa como un ministro furibundo y pérfido, añadiéndole que le inducía á suponer este

(2) Beer, pág. 424. El escrito de Radetzky allí citado está fechado en Pressburgo en 1.º de diciembre de 1809 y viene reproducido en las comunicaciones del Anuario del archivo imperial de la guerra, 1884, pág. 361.

(3) Beer, pág. 444. Según una memoria, no impresa todavía, del conde Hardenberg, fechada en Pesth el 12 de octubre, Napoleón al recibir á Liechtenstein le dijo en seguida: que esta embajada era el primer paso que le convenía del deseo de firmar la paz por parte del Austria, pues que el congreso de Altenburgo no había sido más que una farsa y el conde de Metternich un incendiario que solo respiraba guerra.

ataque lo que había dicho Napoleón al príncipe Liechtenstein, á saber: que las conferencias de Altenburgo eran una farsa y que no había considerado posible la paz hasta que el emperador confiara las negociaciones á personas que de buena fe la querían (1).

Acerca de la política guerrera que Metternich había seguido hasta entonces, Napoleón no sabía tanto como sabemos ahora, pero conocía de ella lo bastante para no esperar de él que facilitara en nada la obra de la paz en el sentido que la quería Francia. La transición á una política de paz se había hecho entonces inevitable; pero Metternich luchaba contra el sacrificio que como ministro debía costarle este cambio. Refiriéndose á su negativa á aceptar el ministerio escribió desde Komorn, en 25 de julio, á su madre: «No me siento con fuerza moral bastante para conducir siempre el barco en una dirección que tan opuesta puede ser á mis principios fundamentales y á mi modo de sentir (2).» Si había que firmar la paz, no se debía hacer una capitulación, sino que de todas maneras aquella paz no podía ser más que un armisticio mientras Napoleón persistiera en el sistema que hasta entonces había seguido. En 10 de agosto propuso Metternich al emperador, desde Komorn, lo siguiente: «Desde el día en que se firme la paz, hemos de limitarnos á border, á huir el cuerpo y á adular: solo así podremos prolongar nuestra existencia quizás hasta el día de la redención general. Sin el apoyo de Rusia, no podremos pensar nunca en resistir á una presión universal: esa corte vacilante se despertará rápidamente cuando con la marcha miserable de su política no pueda conquistar ningún provecho exclusivo. Siempre en contradicción consigo misma y con sus principios fundamentales de ayer, quizás nos ofrecerá su apoyo cuando nos vea seguir su camino como celosos competidores. Solo nos queda un recurso: reorganizar nuestras fuerzas esperando mejores tiempos y trabajar por nuestra conservación, apelando á medios más suaves y sin consideración á la marcha que hasta ahora hemos seguido (3).»

El día 7 de octubre el conde de Metternich, que desde su regreso de Altenburgo permanecía en Dotis con el emperador (4), fué nombrado ministro del Exterior: todo el mundo esperaba que Napoleón protestara de este nombramiento, pero no fué así, bien que en la obra de la paz no se concedió participación alguna al nuevo ministro. Las importantes cesiones de territorios que Napoleón exigía y todas las demás condiciones, aunque muy duras, fueron aceptadas por los generales príncipe Liechtenstein y conde Bubna: únicamente se resistieron á lo que se refería á la indemnización de guerra de cien millones, imposible de recaudar, porque el emperador era en este punto inexorable, cuando ocurrió un incidente que indujo á Napoleón á ceder por lo menos en algo para conseguir prontamente la paz. En la revista que el día 12 de octubre pasó á su ejército en Schoenbrunn, un adolescente trataba con extraña tenacidad de acercarse lo más posible al emperador: los rasgos afeminados de su fisonomía tenían tal expresión de infantil inocencia que en un principio nadie se fijó en él, y cuando luego fué preso causó no poca admiración encontrarle un enorme cuchillo de cocina. Preguntado qué era lo que pretendía hacer con aquella arma, contestó con la mayor tranquilidad: asesinar á Napoleón. Averiguóse entonces que se llamaba Federico Stap, que no contaba aun diez y ocho años, que era hijo de un predicador de Naumburgo y que en la soledad del taller de Erfurt, donde trabajaba como aprendiz, había resuelto matar al hombre á

(1) Diarios de Federico de Gentz, tomo I, pág. 177.
(2) Papeles de Metternich, tomo I, pág. 231.
(3) Papeles de Metternich, tomo I, págs. 2, 311-312.
(4) Gentz: Diarios, tomo I, pág. 187.

quien consideraba como azote de su pueblo. Napoleón quiso interrogarle personalmente y sostuvo con él el siguiente diálogo: «¿Qué queráis hacer con el cuchillo? — Mataros. — ¿Sois un loco ó un iluminado? — No soy loco, y no sé qué es un iluminado. — ¿Luego estais enfermo? — No, me siento completamente sano. — ¿Y por qué queráis matarme? — Porque sois la desgracia de mi patria. — Sois una cabeza exaltada y quiero perdonaros y regalaros la vida. — No quiero perdon. — ¿Me lo agradeceríais si os concediera gracia? — No, antes al contrario, procuraré de nuevo asesinaros (5).» Nunca se había encontrado el emperador frente á frente de un hombre de esta índole y le causó la más indescriptible sorpresa ver tanta sangre fría y odio tan mortal en un alemán, en un protestante de buena familia y de tan pocos años. Secretamente hizo comparecer al desdichado ante un consejo de guerra que lo mandó fusilar sin que nadie se enterara de ello. «Espero que nada se traslucirá de este incidente, — escribía Napoleón en 12 de octubre á su ministro de Policía, Fouché, — pero si así no fuera, es preciso hacer aparecer á ese hombre como loco (6).»

En la noche del 13 al 14 de octubre, Champagny leyó al príncipe Liechtenstein un documento concerniente al tratado de paz, en el cual se consignaban las condiciones ya admitidas y se fijaba en 85 millones la indemnización de guerra. Liechtenstein no estaba facultado para aprobar esta suma, pues el emperador no había querido en manera alguna pasar de 50 millones, y en su consecuencia, solo podía firmarlo á reserva de la aprobación del emperador. Así lo hizo diciendo que consideraba aquel documento como el borrador del tratado de paz que había de ponerse en conocimiento del emperador, pero no como tratado definitivo. Hecha verbalmente esta salvedad, estampó su firma y se retiró á las cinco de la mañana, encargando que á las diez estuviese ensillado su caballo de posta para poder presentarse cuanto antes al emperador, que se encontraba en Dotis; pero al despuntar el día oyó cañonazos y habiendo preguntado qué significaba aquello, le contestaron que aquellos disparos anunciaban á la capital de Austria que la paz estaba firmada (7).

Metternich calificó después la paz de Viena de 14 de octubre de 1809 de «acto de paz realizado con indigna perfidia y contra todos los principios fundamentales del derecho de gentes.» Cuando el príncipe Liechtenstein llegó á Dotis con el documento, propuso al emperador que si el tratado no le parecía bien, lo rechazara y le enviara á él y al conde Bubna á un castillo (8); pero precisamente las consecuencias que su actitud podía traer consigo contuvieron al emperador haciéndole aceptar la paz tal como era y colocándole en una situación que ya no podía modificarse. Gentz, que durante mucho tiempo había sido apóstol decidido de la paz, extrañaba que el emperador, en su resistencia á firmarla, solo se hubiese mostrado inexorable en la cuestión de dinero, después de haber cedido con pródiga mano tanta gente y tantos territorios y de no haber intercedido en lo más pequeño á favor de los leales tirolese. «Solo se enfada y grita, — dijo, — cuando se trata de soltar dinero (9).»

Por la paz de Viena perdió el Austria 2,151 millas cuadradas de territorio y 3,504,632 súbditos, á saber: de sus terri-

(5) Hauser, tomo III, págs. 453-454.

(6) Corresp., XIX, pág. 572.

(7) Papeles de Metternich, tomo I, pág. 95. De la misma manera se refiere este episodio en un documento del conde Finckenstein, embajador á la sazón de Prusia en Viena, que lleva la fecha de 24 de diciembre de 1809 y que ha examinado Hauser en el Archivo secreto del Estado, de Berlín: véase la Historia alemana de este autor, tomo III, páginas 451-455.

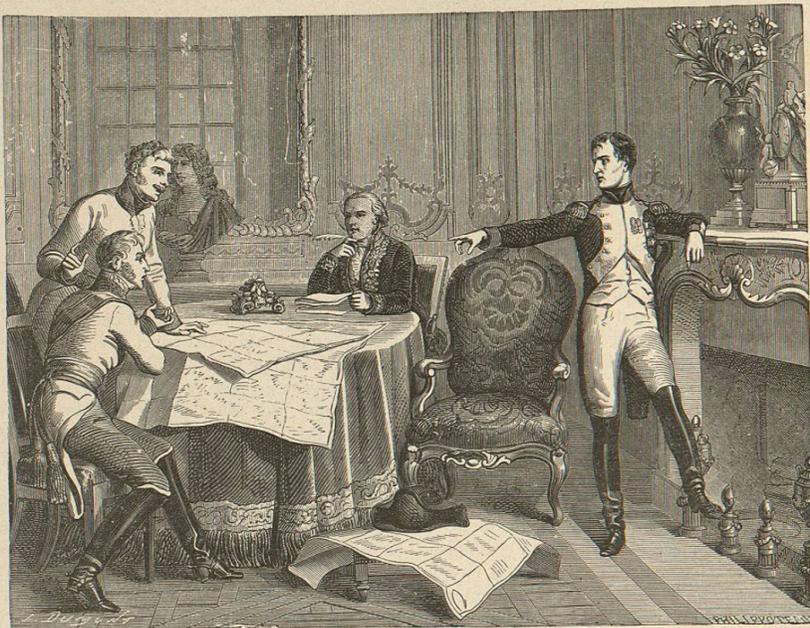
(8) Gentz: Diarios, tomo I, pág. 200.

(9) Gentz: Diarios, tomo I, pág. 204.

torios alemanes, Carniola, Friul con Gortz, Trieste, la Carintia superior, Salzburgo, Berchtesgaden, el círculo del Ynn y una parte del círculo del Hausruck; de los polacos, la Galitzia occidental, una parte de la Galitzia oriental, el distrito de Zamosk y los alrededores de Cracovia; y de los húngaros la Dalmacia, Fiume con dos tercios del condado de Agram, el generalato de Carlstadt y el Banato. Además de esto, contraía el Austria ciertas obligaciones, como la de romper con Inglaterra, reducir su ejército á 150,000 hombres y licenciar á todos los soldados que hubieran nacido en Francia, Bélgica, Piamonte ó Venecia (1).

El conde Stadion había cifrado especialmente sus esperanzas en un desembarque de los ingleses en la desemboca-

dura del Elba ó del Weser, donde su aparición debía suscitar necesariamente un levantamiento nacional en todo el Norte de Alemania y decidir probablemente el ingreso de Prusia en la guerra, pero la escuadra inglesa que en 7 de julio se presentó en Cuxhaven solo llegó á tiempo para conducir á Inglaterra al heróico duque de Brunswick-Oels y á su intrépida legion; y la poderosa armada compuesta de 39 navíos de línea, 22 fragatas, 200 buques de transporte y 38,000 hombres de desembarque, que á mediados de julio salió del puerto de Portsmouth, no tenía otra misión sino la de apresar ó echar á pique los buques franceses de Amberes y de Blessingen, destruir los arsenales y astilleros de estos dos puertos, apoderarse de la isla Walcheren, hacer imposible la



Conferencia en Schoenbrunn para establecer las bases de un tratado de paz entre Austria y Francia

navegación de las embarcaciones de guerra por el Escalda, y una vez esto conseguido y despues de dejar en Walcheren una guarnición suficiente, conducir de nuevo al ejército á Inglaterra lo mas rápidamente posible. En este sentido estaban redactadas las instrucciones que en 16 de julio recibió lord Chatam, hermano del difunto ministro Pitt. De la comparación entre estas instrucciones y las esperanzas que los patriotas de todos los países tenían puestas en esta armada, resulta una impresión por todo extremo ridícula. La realización del plan en ellas contenido fué desastrosa: cierto que los ingleses se apoderaron en 15 de agosto de Blessingen, pero en cambio Amberes se resistió y en la isla Walcheren el ejército inglés quedó diezmado por el hambre y por las enfermedades. El día 9 de diciembre, Chatam se embarcó con el resto de sus tropas con rumbo á Inglaterra, volviendo á quedar las cosas como antes. No hay, sin embargo, que exagerar lo que hubieran podido hacer los ingleses en el Norte de Alemania: indudablemente hubieran ocurrido levantamientos en mayor escala que hasta entonces; pero aun cuando todo el ejército prusiano, — que entonces no pasaba

(1) Gardén, tomo XII, pág. 127.

de 70,000 hombres, — hubiese coadyuvado á la insurrección, esto en nada hubiera influido en la marcha de los sucesos en el Danubio, pues todo se habría estrellado en la dirección militar del archiduque Carlos. De esta suerte, por lo menos, se evitó que antes de tiempo é inútilmente se aniquilaran fuerzas preciosas.

En virtud del artículo 16 de la paz de Viena, el Austria se obligó á romper toda clase de alianza con Inglaterra y á adherirse nuevamente al bloqueo continental, que ya había aceptado antes de que estallara la guerra. Para cumplir esta obligación debía llamarse al príncipe Starhemberg, que se encontraba de embajador en Londres; pero antes de que esto sucediera, Metternich envió á buscar al agente inglés Bathurst, que todavía se encontraba en Austria, y habiéndose éste presentado en Dotis, le manifestó que el emperador, con gran sentimiento, había contraído el compromiso que á la sazón se veía obligado á cumplir, pero que él no consideraba terminada la gran lucha, que incesantemente se esforzaba por ponerse en estado de reanudarla y que cuando llegara este caso todos los súbditos que ahora tenía que ceder y que continuarían siendo austriacos de corazón, volverían á él y harían suya su causa. Añadióle que para seguir secretamente

hasta entonces en relaciones con Inglaterra, desearia que el embajador del elector de Hannover, conde de Hardenberg, continuara en Viena en la misma situación que hasta entonces ocupara y en la que había prestado relevantes servicios (1).

El día 20 de noviembre salieron de Viena los últimos franceses y el día 27 por la tarde el emperador Francisco regresó á su residencia en un sencillo coche de viaje y acompañado

de un solo criado y del conde Wrba. El pueblo le recibió y le acompañó con atronadores vivas y gritos de júbilo, agrupándose en apiñada muchedumbre alrededor del carruaje y de los caballos y no cesando en sus aclamaciones entusiastas, que le obligaron á asomarse repetidas veces á las ventanas de su palacio. «Nunca se ha visto un recibimiento tan conmovedor,» decía en 9 de diciembre el conde Hardenberg, á



María Luisa, archiduquesa de Austria, emperatriz de los franceses y reina de Italia.

De un grabado de Lovis Rados, hecho en 1810. — Dibujo original de J. B. Bossio (en el parque de Saint-Cloud.)

quien aquel mismo día manifestó el conde de Metternich que le había elegido para que, con el mayor secreto, pusiera en conocimiento de la corte de Londres los verdaderos fines de una política que continuaba siendo opuesta á Francia, pero cuyas tendencias debían mantenerse cuidadosamente ocultas. Metternich estaba convencido de que las relaciones entre Inglaterra y Austria no solo debían seguir siendo amistosas sino que debían fortalecerse, llegando á ser un cambio recíproco de consejos. Esta misión nadie mejor que Hardenberg

podía desempeñarla, y Metternich le dió verdadera prueba de confianza al hablarle con entera franqueza de un asunto tan espinoso y de los mas secretos detalles de sus planes (2).

El conde Ernesto de Hardenberg, primo del ministro prusiano C. A. de Hardenberg y desde 1793 representante de Hannover en la corte de Viena, quedó altamente sorprendido ante estas manifestaciones, pues no sabía nada de la manera de pensar ni de las cualidades del joven ministro, ni de sus actos como embajador en Berlin y en Paris. Ade-

(1) Memoria de Hardenberg, escrita desde Buda, 7 de noviembre de 1809.

(2) Hardenberg: Memoria de 14 de diciembre de 1809, Austria y Prusia, tomo II, pág. 52.